

CUANDO UNA TORTUGA Y PRIMO LEVI ME SALVARON

¡Bingo!

De pronto, la vida que conocía, que medianamente tenía bajo control, en la que me movía con mis costumbres aprendidas más o menos segura, se desbocó a tal velocidad, que me precipité al vacío con un paracaídas roto.

Para los romanos «vivir» era sinónimo de «estar entre hombres»; «morir», por el contrario, significaba «cesar de estar». De alguna forma, muchos ya estamos muertos, nos hemos convertido en seres superfluos, ignorados. Somos cuatro millones de personas afectadas por una enfermedad contagiosa. En apariencia, conformamos un grupo silencioso, atacados por el virus de la culpabilidad, pero si a cada uno nos colocaran un fonendo en el pecho al despertar o cuando nos duchamos, nos vestimos, tomamos nuestro café, mientras hablamos, o en el momento en el que caminamos por cualquier calle a la deriva... ¡Ay, tristeza!, compañera inseparable. En cada latido: soledad y signos de interrogación.

Lunes, martes, miércoles... Ninguna falta me hace el maldito calendario. Estoy aquí, a la puerta de la oficina, una vez más, con este fracaso pegajoso del que no consigo librarme. Aguardamos en formación militar. Somos mujeres y hombres dóciles. Detesto tanto las filas como

reniego de los uniformes, sean verde oliva o cuero negro, igual me da el nombre del zoológico.

Una se siente humillada en una cola. Perder el empleo no es suficiente, debes exhibirte en la calle, guardar un orden de hormiga bajo el ojo atento de un segurita con pistola. Si te quedaba algo de orgullo, lo llevas pegado a las suelas.

Los indignos, los expulsados, los que perdimos el compás del paso, solemos llegar temprano a todas las citas. También hoy, por supuesto. Una de esas primeras mañanas de finales de diciembre en la que todavía los abrigos despiden olor a naftalina.

A quien madruga, Dios le ayuda, pero una vez estemos en el interior de la oficina, el premio al «avisado matutino» quedará desierto. Una máquina vomitona expulsa un trozo de papel con una letra y un par de números. Esperas a que la pantalla electrónica cante tu número de la suerte. ¡Bingo!

¡Qué equivocado estabas, Dante! La esperanza no se abandona en el umbral del infierno, es en el infierno donde la esperanza arde igual que un rastrojo.

Al otro lado de la mesa de este averno burocrático, un tipo mayor con porte de capitán me acribilla a preguntas a las cuales respondo como un soldado inútil. Me escucha con la atención de quien tiene los oídos prejuiciados. Rápidamente, para no hacerle perder el tiempo, le hago un breve resumen de mis aptitudes: no sé poner ladrillos, tampoco arreglo tuberías ni cortocircuitos. Carezco de la fuerza física necesaria para cargar cajas en un supermercado, y si no fuera por Primo Levi, esta que

tiene enfrente, no se hubiera levantado de la cama. Esto último me lo ahorro. ¡Mira que me da rabia! El asco lo lleva pintado en el rostro, el tipo. Mi caso, como el de cualquiera, le viene importando un comino, al sujeto. Ya tiene bastante con sus problemas; su póliza de jubilación, por ejemplo. Además, no le pagan un plus por aguantar neuras y miserias de cualquier bicho que pase por aquí. Hace treinta y siete años, cuando se puso al servicio del Estado, tuvieron la precaución de extirparle el corazón y los lagrimales. A los sesenta y siete, sus compañeros de departamento le regalarán un reloj ¡¿Qué jubilado necesita un jodido reloj?! y, mientras brindan con vasos de plástico, cantarán en su honor *¡Adiós con el corazón que con el alma no puedo!* Sin duda, el tipo es un funcionario ejemplar.

Me pregunta por mis aptitudes. Leer y escribir, digo, por hacérselo corto. Estudios básicos, dicta en voz alta a sus lombrices dactilográficas. Observo cómo teclean eficientes en lo que debe ser mi expediente informático, y presumo que el capitán, con un pie en la reserva, no ha tenido la amabilidad de leer porque lo de guionista de televisión durante mis últimos dieciocho años lo pasa por alto; también la regulación de empleo con la que aquellos gestores, cada uno con un máster en dirección de empresas por la universidad del Tío Sam, resolvieron el problema de su ineptitud, jugándose a los chinos el destino de muchas familias.

«Estudios básicos», consignó en mi ficha penal. No le saqué del error. Preferí disfrutarlo en privado. Me guardé el malentendido en el bolsillo del pantalón, junto con

el pañuelo y el cuadernito de notas. Los funcionarios, cuando trabajan, no tienen sentido del humor.

Finalizado el interrogatorio, estampa un sello sobre un trozo de papel con la próxima fecha en la que debo presentarme de nuevo en la oficina. Quién sabe dónde estaré en primavera, *Bandini*. Posiblemente trabajando por cuenta ajena en cualquier gran empresa. Las de cincuenta estamos muy solicitadas. ¡Eso lo sabe cualquiera!

Los libros también pagan facturas

El día amaneció dentro de una jaula de lluvia. La atmósfera de esta ciudad se torna desagradable, hasta la gente se vuelve más antipática cuando llueve. De un tiempo a esta parte hemos olvidado la manera en la que los labios se desplegaban con la intención de iluminar el rostro con un gesto dulce. Si una sociedad frunce más el ceño que ejercita los músculos risorios..., síntoma de que algo anda atrofiado en este gueto súper feliz en el que la tufarada a pis es el perfume de la ciudad.

Hay un problema de incontinencia urinaria. Madrid, el meódromo capitalino, ha sido destronada. Inclusive al cielo le han robado el azul de Velázquez. La luz bilingüe de un tiempo pasado, oscuro y miedoso, parpadea renqueante en las farolas. Esta ciudad se ha convertido en la boca de un viejo insano devorando las entrañas de sus hijos. ¿Por qué sigo aquí? ¿Entre unas calles que me son tan familiares y en todo momento tan extrañas? Preguntas manoseadas como inútiles. Callejones sin salida en las que una se emperrea. Y erre que erre.

El mal tiempo resulta un fastidio para lo que me he propuesto hacer hoy. Pero, en cuanto llego a casa, empiezo a llenar el carrito de la compra hasta arriba de libros para otra vez salir deprisa, sin mirar atrás. Mejor hacer las cosas en caliente, que ya nos conocemos. Me quedaría como aquellos dos, *esperando a Godot* y la casa sin barrer.

La primera vez se me ocurrió llamar a una librería de segunda mano que recogía libros a domicilio. Llegaron dos hombretones y se llevaron los libros que ocupaban dos librerías Billy (de 160 cm de ancho, 30 de fondo y 202 cm de alto con altillo supletorio). Había ejemplares nuevos, recién publicados, todavía las editoriales me enviaban puntualmente sus novedades. Otros, como las obras de los premios Nobel editados en papel biblia, la enciclopedia Larousse de doce tomos –fuente bibliográfica de referencia en mis años escolares–, catálogos de arte y algunos suplementos de la revista Japón habían ocupado primero las estanterías de la casa de mis padres. Puede que aquellos viejos volúmenes no tuvieran ya valor económico, pero sí mucho del sentimental. Conocía bien cuánto sacrificio se había puesto en cada libro, en una familia de muchos hijos como la nuestra.

Mientras se producía aquel expurgo forzoso, escuchaba en mi interior la *Quinta* de Mahler a modo de: «sinfonía mortuoria con biblioteca vacía al fondo». Como supongo le sucede a muchas personas, también yo guardo en mi interior una sinfonola con vida propia. Un repertorio musical caprichoso que, a la mínima oportunidad, hace saltar un tema u otro según las circunstancias.

Ajenos a la desestabilización emocional que padecía en aquel momento, los dos hombres de una voluminosidad desproporcionada, cuyos cuerpos acromegálicos me recordaban al boxeador italiano, Primo Carnera, atragados con bolsas de plástico de hipermercado, a toda prisa recolectaban tomates en lugar de libros. Esa sutil diferencia de puntos de vista, tan común cuando se hace negocio a costa de la necesidad del otro, me hirió en lo más hondo.

En ningún momento, la pareja de antropoides hicieron mención del vil metal aunque bien que se aseguraron de guardar la mercancía en la furgoneta. Y cuando les pregunté: cuánto, me respondieron: nada. Pero, ¿si hay algunos que salieron ayer y están intactos!, protesté con nerviosismo. De todas, todas, aquello era un robo que a mí me cogió desarmada. A uno de ellos, el de cabeza pequeña y cara grande, se le debió soltar alguna fibra sensible porque en un gesto atrofiado y burdo, casi me arrojó un billete de diez euros. En verdad fueron cinco, pero digo diez para no pintarlo más miserable. Hecha una furia, interrumpí el concierto íntimo. «Entschuldigen Sie bitte, Herr Mahler», me disculpé. «Comprenda usted que me encuentro en una situación violenta. Su música resulta demasiado elevada y sublime para desperdiciarla ahora con individuos de este calibre». La ira cabalgaba al galope en mis venas. Fuera de mí, le grité al mamut dónde podía meterse el billete. ¡A no! ¡A no! ¡ANO! Repetí tres veces. El gran cínico: el ojo que se caga en todo naturalmente.

Una vez aquellos ladrones se hubieron largado, y a medida que fueron pasando las horas, yo seguí recri-

minándome lo idiota que había sido. La próxima vez... La próxima vez caería en el mismo error. Hay personas que no cambian.

Hoy, como el bíblico Abraham, pero sin fe en un dios que me proteja, subo la Cuesta de Moyano para ofrecer en sacrificio aquello que amo. Después de preguntar en dos o tres casetas, me topo con un joven bastante agradable. Me dice que un euro por cada uno. Diez minutos más tarde, él los venderá a cinco. En este caso, el trato me parece justo. Muchos de mis libros están subrayados con bolígrafo y tienen anotaciones en los márgenes. Como todos los Antonios que he conocido en mi vida, pienso que este librero tiene corazón.

Pronto estarán entre otras manos, serán acariciados por nuevos amantes en la intimidad de la noche. Quizás a sus nuevos dueños les guste jugar a las adivinanzas. Se preguntarán quién se escondía en esas páginas, quién dejó entre líneas aquellas trazas de un corazón abierto en canal y a la deriva. Puede que lean entonces otro libro distinto, anónimo, escrito con palabras de salitre y sol por una completa desconocida. Los libros me han salvado en muchos momentos. En esta ocasión pagarán la factura del agua.

Continúo mi vía crucis sorteando las callejuelas que conducen al Rastro donde logro desembarazarme del jarrón de porcelana china, regalo de boda. Las figuritas de marfil no las quieren en ninguna tienda. Lógico. Tampoco yo, ni regalados, aceptaría los dientes de nadie, y menos aún de un animal tan bello, amenazado de muerte

por otra especie cuyos colmillos sí son bien retorcidos; auténticas alimañas.

De tortugas y perros

Regreso a casa empapada, muerta de cansancio, espoleada por la desesperanza tirana que urde la trama de mis días. El mal tiempo me ha contagiado su tristeza. El cortejo fúnebre marcha por dentro en procesión. Sin quitarme siquiera la ropa, como un fardo inservible, me desplomo en el sillón y me disuelvo en un mar de lágrimas. Agua viva que de pronto fluye como un torrente para ir a morir en el pequeño lago que se ha formado bajo mis pies. Corro a por toallas grandes, la fregona y el cubo. ¡Qué barbaridad! ¡Vaya manera de llorar!

El timbre de la puerta me salva de la zozobra. La vecina de abajo, muy alterada, se queja de la humedad que le ha salido en el techo del salón. «¡Cuánto lo siento! Hemos tenido una avería en el baño», digo, intentando amainar su enfado. «En cuanto se seque la mancha, yo misma le pintaré el techo», prometo. «No sabía que fuera pintora», dice la muy entrometida. «Trabajo haciendo chapuzas», me defiende. No he mentado en absoluto, es la pura verdad.

Cuando Jorge llega a casa, como viene siendo habitual, olvida darme un beso. Las horas se me han ido achicando penas. Él, más práctico que su madre, pregunta qué hay para cenar. Para mis adentros, le replico como el Coronel de García Márquez: *Mierda*.

Enciende la televisión y nos ponemos al día del mundo. En un anuncio publicitario, una madre recorta un

jugoso entrecot de una revista, lo sirve en un plato con mucho esmero y lo lleva a la mesa. El niño corta el papel en trocitos pequeños, saboreando despacio cada bocado.

En las noticias, los niños sirios lloran detrás de una alambrada.

—Por lo menos, aquí no hay guerra —dice.

Me abalanzo sobre mi adolescente y le abrazo con fuerza. Su pelo huele a pólvora. Silba una bala rozándole la oreja. Hay muchas formas de asesinar a un niño. Jorge comienza a ser un hombre privado de futuro. ¿Cuántos millones como él serán hijos de otra generación destruida en estos tiempos extraños y esquinados?

Hacia dónde, hacia qué lugar iremos, padre, cuando no queden espinas de acero, ni muros que saltar.

La llave que guardas de nuestra casa, ¿abrirá otras puertas?

¿Me esperarán allí mis amigos?

Cuándo, cuándo llegaremos a esa tierra

Adónde vamos, padre. ¿Lo sabes?

¿Háblame!

¿Cómo se llama ese maldito lugar?!

Cenamos pan con mantequilla y mermelada, y un vaso de leche rebajada con agua. «Mañana haré macarrones con tomate», digo, intentando excusarme. No hace ningún comentario; no hace falta. Un día más, sientes que lo has traicionado.

Me fijo que lleva puesta una camiseta nueva con un grafiti de Banský. Un manifestante arrojando un *bouquet-*

molotov. «Me la ha regalado Nacho», dice. «Ya no le gustaba». No tengo motivos para dudar, tengo fe en él. Es en mí en quien no confío.

Después de llenarnos el estómago, me siento a escribir. A las frases les hago un boca a boca. Los marineros proscritos aprendemos a economizar incluso el oxígeno que respiran nuestros pulmones. Escribo un relato sobre otros animales. Por un par de horas, soslayo pensar en la comedia humana en la que unos y otros nos profesamos una lealtad fratricida.

Leí una vez que en Ecuador existe un tipo de mariposa que liba los lagrimales de las tortugas. Al parecer, las lágrimas de estos reptiles son una fuente rica en minerales. La imagen de la tortuga me lleva a pensar en Jorge. Dentro de su caparazón vive resguardado un cuerpo de niño lleno de rabia que necesita unas zapatillas y un par de paletas nuevas. Los dientes los perdió en el instituto.

Sí. Mi hijo es una tortuga y yo soy un perro de campo.

¿Por qué los perros tienen esa expresión de honda pesadumbre? ¿Qué esperanza les fue arrebatada? Pienso en *El perro* de Goya cuyos ojos no cesan de suspirar. Su cuerpo está hundido, oculto, desaparecido de la vista, pero su cabeza alzada soporta una mirada doliente, concentrada en el espacio que se abre delante de su hocico. Es la máxima expresión de una melancolía insondable, como si tras regresar de un largo viaje, la pared, el muro, ese velo de ocre traslúcidos, de un tiempo enfermo de cáncer, reflejaran una última decepción: la nada.

En su *Anatomía de la melancolía*, Robert Burton dejó escrito que los perros sufren de la misma forma que los

hombres. También tienen pesadillas y sueños hermosos. Supongo que lleva razón, y si su afirmación carece de valor científico, me gusta de cualquier manera por la idea poética que encierra. De lo que estoy segura –quizás Burton coincidiría conmigo– es que algunos humanos, desde que nacen, están predestinados a sufrir como perros.

Imagino que una tortuga y un perro no recorrerán grandes distancias si van juntos, pero entre compañeros de viaje existe un compromiso escrito en las nubes: soñar y reír mientras aguante el aliento. A veces, en mis sueños, Jorge y yo somos razonablemente felices.

–¿De qué color era la bicicleta de mi infancia? –le pregunto, apoyada en el umbral de la puerta de su habitación. De vez en cuando necesito reclamar su atención, buscando recuperar un tiempo perdido, aquel en el que yo no le era indiferente.

Durante unos segundos, Jorge separa la vista de su *Maus*. Lee con guantes y forrado de jerséis. Dentro de la casa hace el mismo frío que afuera. Tal y como esperaba, Jorge frunce el ceño. Solo después de procesar mi pregunta unos segundos en su disco duro, rebufa y vuelve a meter las narinas en su libro.

–Y, ¡yo qué sé! Anda, no me rayes.

–Menos cómics y más mates, colega –respondo contraatacando. Mi voz suena a regañina que no va a ninguna parte.

–Es una novela gráfica, enterada.

Me quedo observándole en silencio durante un buen rato. A su edad el repertorio de gruñidos es muy variado.

Después están las tres frases comodín: «Tú flipas». «Pues no haberme traído a este mundo» y, por supuesto: «No me rayes», el recurso más utilizado de su prolífico arsenal lingüístico. Al menos el que utiliza cuando estamos solos e intentamos conversar. Esta tortuga habla un idioma difícil de aprender a mi edad. La mayoría de las veces ni siquiera sé qué es lo que trata de decirme. He utilizado todos los lenguajes que conozco y aún no he logrado comunicarme. El cuello y el corazón los tiene retráctiles.

Con los amigos es diferente. Alegre, simpático, conversador, le interesa lo que sucede a su alrededor. Parece un chico de buenos sentimientos. Lo cierto es que me gustaría conocerle aunque creo que voy a tener que esperar lo mío. Esperar y rezar comparten puntos en común. Ambos verbos exigen silencio y muchas horas de práctica. En mi caso, todos los días sin falta, por la mañana y antes de irme a dormir, hago cien flexiones de esperar. *Espera a la primavera, Bandini*, me digo. Esperar sin rendirse, rezar, vivir con el corazón palpitando, anhelando la próxima caricia, esos besos que han de volver. ¿Qué otra cosa queda sino esperar cuando el hoy está enfermo? Aguardaré el tiempo necesario. Los hijos comienzan a amar a sus padres mucho más tarde. Y cuando se decidan a buscarnos, se interesen por saber quiénes fuimos y quieran escuchar nuestras historias para las que nunca tenían tiempo, probablemente, nos hayamos ido. Mientras tanto, funcionamos como máquinas expendedoras a su servicio. Les surtimos de besos, abrazos, consuelos, cuidados, manutención, medicinas, libros, cines, estudios... Pero, por el momento, esto es lo

que hay. Que se tome el tiempo que crea conveniente, bastante tiene ya con ser adolescente. Ese buen tipo volverá, estoy segura. Y ese día, como si tal cosa, me contará sus planes, la chica que le gusta, la última película que ha visto, las posibilidades de un nuevo trabajo.

«Cuando sea mayor, voy a ser astronauta, ¿sabes mamá?». Tenía seis años. Esa tarde habíamos cogido el metro para ir a una fiesta de cumpleaños. Estaba muy contento, seguro con su decisión. Me sentí orgullosa. Le recuerdo absorto en sus pensamientos, imaginando cohetes y trajes espaciales, y estrellas, planetas y misiones marcianas. Al rato, como si despertara de su sueño estelar, me preguntó con preocupación: «¿Y tú, mamá? ¿Tú que vas a ser de mayor?» «¿Yo?», pregunté con sorpresa. «Yo seré la madre de un astronauta llamado Jorge». Abrió la boca y los ojos, su risa infantil llegó a mis oídos como un premio.

Esperaré. En cualquier estación volverán sus besos y sus abrazos. Para entonces, cuando nos encontremos, quizás, él ya esté viviendo el verano de su vida. En cambio, yo empezaré mi invierno, la memoria se irá llenando de arrugas, me entretendré ovillando recuerdos. Jorge, el genuino, con algunas espinillas, sigue ahí, bajo ese caparazón de adolescente narizotas y enfurrñado. Ese puñetero niño está dentro de esas zapatillas apestosas del cuarenta y cuatro. Por ahora, parece haberse extraviado de sí mismo.

Y ¿quién no está perdido, hijo? ¿Quién carajo, dentro de este manicomio mundano, no actúa como *un entremetido loco con destellos de lucidez*? No hay Quijote que resista esta locura.

—Me gustaría leer tranquilo, si no te importa —protesta.

–Estupendo, pero antes están los deberes. Cuando lleguen las notas, no vengas con cuentitos que nos conocemos...

–Vaaale. Ya voooy.

(Jorge no se mueve. Es un personaje beckettiano).

Me pica la curiosidad por saber de qué va ese cómic. Me corrijo: novela gráfica. Consulto Internet. Plas, plas. Por delante, dos bofetones de escarmiento, por esa manía tan tuya de pensar que Jorge anda perdiendo el tiempo con chorradas. *Maus: Mi padre sangra historia y ahí empezaron mis problemas* da título al primer volumen de la obra escrita por Art Spiegelman, donde el autor entrevista a su padre, un judío polaco superviviente del Holocausto. El libro me interesa. Se lo pediré prestado a la tortuga cuando lo acabe.

Por si nos fugamos

Esta mañana muy temprano he bajado al trastero y, después de un par de horas de limpieza, he rescatado la tienda de campaña, la cocina portátil y un par de sacos.

–¿Eso también lo vas a vender? –pregunta Jorge, preocupado.

–No, no –me apresuro a decir. Ya está bastante alicaído con sus problemas en el instituto como para cargarle con los míos–. Es por si acaso.

–¿Por si acaso nos vamos de vacaciones? –cuestiona, contrariado, herido, irónico, o todo al mismo tiempo.

–Por si acaso nos fugamos –contesto, intentando esquivar su flecha envenenada–. Hoy, a las once, tengo cita con tu tutora. ¿Le digo algo?

–Sí. Que deje la gilipollez en su casa. Me voy, llego tarde.

–Como todos los días.

–¡Uf!... Pesada.

¿Qué le costará darme un beso? Me deja hecha puré. Él se marcha y yo trato de componer estrategias para lograr el único fin que persigo y me persigue desde el alba hasta el anochecer.

Si tuviera un vestido nuevo, llamaría a mis antiguos contactos. Cuando estrenas un vestido, una tiene la sensación de que podría empezar desde cero.

Durante todo este tiempo he recibido muy pocas contestaciones. O se han extraviado por el camino, o la mala educación es el protocolo a seguir con los expulsados.

Gracias. Un currículum excelente. Por desgracia, el puesto que ofrecemos está por debajo de su categoría. No creemos le pueda interesar. Continúe atenta a nuestras ofertas. Atentamente, manganito.

He llamado tantas veces a mis antiguos colegas que la línea, por sobrecarga en la red, continúa saturada hasta el día de hoy. Primero te escuchan con atención. «Ya imagino, cielo, lo que debes estar pasando», dicen, sinceramente conmovidos. Luego te cuentan el caso de su prima, de su vecina del cuarto, del amigo del cuñado de su segunda mujer. Te prometen mover tu currículum. Verán lo que pueden hacer. Llámales cuando lo necesites, por supuesto.

Uno.

Hola, Toti ¿Qué tal estás? ¿Qué planes tienes para las vacaciones? Supongo que este año también harás uno de

esos viajes maravillosos. ¡Qué suerte! Algún día me apunto contigo. Te llamo porque este verano no me voy a ningún lado. Necesito trabajo y bueno... sé de sobra que siempre cuentas conmigo para cualquier colaboración, pero, bueno, decirte que estoy aquí, y que si surge algo que te acuerdes de mí. Cualquier cosa, por muy poco que sea. De todas maneras me gustaría hablar contigo cuando puedas, y saludarte de viva voz. Un beso enorme. Çiao.

Dos.

¿Qué tal Toti? ¿Qué tal fue el verano? Espero que hayas disfrutado y descansado. Oye, qué noticia lo del fichaje de L. Supongo que ya se habrán vendido un montón de ejemplares. Me alegro por ti. Eso es un puntazo para ti. Ahora que ya la gente se ha puesto en marcha, quizás surja alguna oportunidad de trabajar con vosotros. Ya sé que las cosas están muy mal, pero no pierdo la esperanza. De todas formas, no me queda otra. No estoy pasando una buena racha y estoy llamando a todas las puertas que conozco. Tú siempre has estado ahí para echarme un cable, lo sé, y por eso me atrevo a llamarte. Bueno, si oyes este mensaje y te apetece hablar, ya sabes. Espero que estés bien. Un abrazo fuerte. Cuídate.

Y tres.

Hola, Toti. Hace ya algún tiempo te envié un par de correos. Ahora dudo si conservas la misma dirección. Te llamé como hace dos meses, ¿recuerdas? En ese momento andabas muy liada y prometiste darme un telefonazo más tarde. Sigo sin trabajo, por eso me atrevo a molestarte una vez más. Espero estés bien. Un abrazo.

Te van apartando del camino; así, con el dorso de una mano educada. Eres lista y aprendes rápido. Sin que nadie tenga que decírtelo, dejas de molestar. Alguien escribió que la solidaridad en estos tiempos, siempre en crisis, resulta un asunto resbaladizo. Por no sentir, ni decepción siento ya.

A veces recibes mensajes muy cómicos. Por cierto, cada vez más frecuentes:

Estaremos complacidos de que colabore con nosotros. Nos ha gustado mucho su artículo. En estos momentos, los que hacemos esta revista no ofrecemos ningún tipo de remuneración, pero nos sentiríamos muy complacidos si pudiéramos contar con su artículo en el próximo número.

Mientras pueda, me he hecho el firme propósito de cuidar mi salud y no entrar al trapo. Con atenerse a la realidad, una tiene suficiente. Que no, que aquí, en Tutti Manga, un país muy moderno, la cultura es su detritus. Así que calma, recuerda: la salud es lo primero, que como viajar a la India, la mala leche puede provocar diarreas crónicas. Como me dijo una vez mi amiga María, cubana, de Cienfuegos: «Muchacha, tengo el estómago cagón de los nelvios».

Enfermo de los nervios solo de pensarlo, auténtico pavor a que nos quedemos en la calle cualquier día. De la calle como de la guerra, nunca se regresa entero. Necesito con urgencia una buena noticia. Mi madre solía jugar a la lotería. Cada semana nos aseguraba que ganaría el gordo. A la hora de la cena, hablaba de todas las cosas que haría cuando fuéramos ricos. No había resquicio para la duda. Quien no tuviera fe, quedaba eliminado

automáticamente del sueño. Sueño con que una mañana suene el móvil. Mientras tanto, giro y giro sobre mi cuerpo canino intentando morderme el rabo.

Ingenieros del *brand*

No es saludable reflejarse en ese espejo. Han transcurrido dos años (¿tres?), he envejecido veinte. «Pensé que huía de mí misma, pero, ¡miserable de mí!, trájeme a mí conmigo», escribió la monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz.

En la calle, mala pata, tropiezo con alguien del pasado. —¡Te veo distinta...! Muy delgada ¿Puede ser? —su cara es un verso impostado, una falsificación china de poeta afrancesado.

En otro tiempo, cuando todavía no era un can goyesco, me hubiera perdido en la dialéctica del *ojo, que muerdo*, pero ahora estoy en un plan de ahorro energético; ante todo, la salud.

—Son las canas. Canas al aire. Lo más *trendy*, poeta.

Y no esa pajarita torcida que llevas atada al pescuezo, mono cursi. Con perdón de los bonobos, una especie muy simpática, me digo. Tú que enjaretas versos alejandrinos, inclinado sobre tu escritorio de poeta ante un *selfie* de pisapapeles, sueñas con un puesto en el Parnaso. Tú que aspirabas a convertirte en Rimbaud, te quedaste en Rumboso. Me despido de usted, enemigo. Reciba un abrazo gélido.

Hay muchas maneras de matar a una mujer. Hay palabras con las esquinas dobladas. Las que son romas, te dan patadas en los pechos; las que tienen filo, cortan las venas de las muñecas al bias.

¡Filólogos, semióticos, publicitarios, *Image-makers*, mercadotécnicos! ¡El mundo os necesita! Los discípulos de Aristóteles y sus peripatéticos han quedado trasnochados. Tendrán que «reinventarse», como dicen los listillos; o si no, a la cola: la del paro.

Daños colaterales, campos de refugiados, desaceleración transitoria, vía de crédito, flexibilidad laboral, bombas inteligentes, inmigrantes sin papeles, movilidad exterior... Las fábricas de demagogia no dan abasto. Estamos en la era la globalización. Cada Estado ha creado su *brand personalizado*, original y atractivo: «Bienvenido a la democracia vigilada».

–*La cuestión es –dijo Alicia– si puedes hacer a las palabras significar cosas diferentes.*

–*La cuestión es –repuso Humpty Dumpty– quién va a ser el amo. Eso es todo.*

He visitado unas cuantas empresas. La idea de entregar el currículum en mano no ha resultado tan buena como había pensado en un principio. «Envíelo por Internet», te informan los cancerberos que guardan los edificios kafkianos.

Internet: miles de millones de ventanas ciegas. La matemática imposible de Escher. Solo una mente ordenada pudo crear tal sensación de caos. Hubiera sido el ilustrador perfecto de Borges. Escher y Borges, un tándem perfecto: maestros del laberinto infinito.

A las once menos diez cruzo la puerta del instituto. La tutora me recibe con la misma puntualidad con la que nos cobran impuestos. Intercambiamos unas cuantas

frases amables sobre la meteorología, nos damos tiempo para barajar estrategias sobre la marcha. Tras un poco de paja, ella decide ir al grano por fin. Al parecer Jorge se interpuso en una pelea con la intención de defender a uno de los chicos marroquíes de la clase. «Por desgracia, cada vez se producen más casos de racismo en el centro. Los profesores estamos muy preocupados y la Administración tampoco nos ayuda en este sentido. Estamos desprotegidos», se queja la profesora. Como no encuentra la comprensión que esperaba de mi parte, se muestra un tanto molesta. El argumento papaíto Estado no nos hace caso está bien, pero le faltan otras patas. ¿Y el resto?, Padres, profesores, alumnos, vecinos, mujeres y hombres libres, demócratas, ¿qué hacemos por el colegio de nuestro barrio? ¿Firmamos peticiones virtuales contra la xenofobia en el Congo! ¿No es para partirse de risa? A la profesora le pongo un cero en Historia. Me gustaría hablarle de la responsabilidad del ciudadano, de las democracias participativas según Hannah Arendt. Le recomendaría otros autores igual de interesantes. ¿De qué les hablará a los chicos en clase de educación cívica?

Como barruntaba, la profesora está muy interesada por conocer la situación de Jorge en casa. A mí me preocupa la situación de mi hijo en el colegio. Digamos que tenemos un cambio de impresiones sobre el mismo sujeto en contextos diferentes sin encontrarnos en ningún punto. Con esta mujer, más que construir un puente, tengo que echar abajo el acueducto que nos separa. Tiene ganas de meter las narices en mi horno y pregunta por el padre de Jorge. Intento saciar su apetito con uno de

mis relatos cortos. Imagino que le he puesto suficientes dosis de imaginación. El psicoanálisis, decía Freud, no puede explicar enteramente la creación artística. Desde que el hombre vivía en la caverna ya contaba historias fantásticas. La imaginación pesa más que la realidad. En fin, creo que mordió el anzuelo y se lo ha tragado hasta el fondo. Su curiosidad ha quedado satisfecha.

Desacuerdos y violines

—¿Qué le has dicho a la Pelos? —pregunta Jorge nada más abrir la puerta, de muy mal humor. Sé que puedo ir despidiéndome del beso.

—¿Por qué? —digo, con las orejas tiesas.

—Me tuvo media hora en su despacho dándome una chapa en suajili durante todo el recreo. Luego llamó a Chenko. A cuarta hora, Chenko me ha pedido perdón. El tío estaba cagado. Me dijo que hablaría con sus padres. Quiere darme su paga del mes para que vaya al dentista. No me ha quitado ojo en toda la mañana.

—Supongo que le diste las gracias... Me parece un gesto loable por su parte.

Jorge no está para preguntarme qué demonios significa esa palabra: loable. La tortuga tiene el cuello estirado, en posición amenazante. De un momento a otro, temo me arree un mordisco con su pico furioso.

—No te enrolles, anda y dime qué les has contado a La Pelos que yo no sepa. Que me tienes...

Armándome de valor, le referí la historia familiar que de mi boca, llena de gracia entre todas las mujeres, había escuchado su profesora. Un relato inspirado en hechos

reales aunque con alguna licencia poética, digámoslo así, sobre todo en lo relativo al personaje del padre.

—¿Espía? ¿Es que se te ha ido la olla o qué? ¡Tú flipas! —protestó, llevándose las manos a la cabeza con desesperación. Pocas veces lo he visto tan furioso.

—Alto funcionario del Servicio Nacional de Inteligencia —rectifiqué—. Ella me habló de protección, seguridad, estado, y no sé qué más. ¡Hijo!, me dio las palabras claves, y yo me dejé llevar... Seguro que desde hoy vive más contenta sabiendo que alguien la vigila.

—Pero, ¿te das cuenta de la cacho trola que has metido? Es que... Es que... ¡Bah! Para qué decirte nada... A mí ya no me ven el pelo por allí. Tenlo claro desde ahora.

La tortuga se ha encerrado en su habitación con el hip-hop a todo trapo.

Ser como soy suele pagarse caro. Desde mi punto de vista, pintar la realidad con unos cuantos brochazos de ficción inocua no es un delito castigado por ley, señor juez. La imaginación es un preservativo, una medida antiséptica, profiláctica, excelente antiinflamatorio, anticancerígeno, con propiedades antioxidantes.

El hip-hop sigue dando martillazos en las paredes cuando me dispongo a cumplir con otro deber. *Omnia mea mecum porto*, también llevo conmigo los trastos de pintura. Espero que a la vecina le guste el azul añil que he comprado para el techo. No tengo pantalones de pintor, me he puesto la bata de médico que me compré hace mil años cuando estuve de prácticas en la biblioteca de la facultad donde estudiaba. Estudiaba para convertirme en una buena comunicadora. ¡Ja!

Rasco el techo del salón y pienso en Knut Hamsun. A los ácaros les pirra el papel y el polvo. En *Hambre*, el protagonista vs. Hamsun lame el polvo de las estanterías. Pero cuando le invitan a comer, reacciona profundamente ofendido. El orgullo tiene la panza oronda de tantos pobres diablos que lleva dentro. El propio escritor enloqueció de inanición. Después, la chaveta la perdería por amor: a Hitler.

Con la dichosa pintura me he quedado sin voz. También yo estoy enfadada. Pues, ¡claro! Pero, ¿de qué sirve?

He subido a la azotea y me he puesto a tocar el violín. Las cuerdas ronquean al rozar el arco. Hay que encerar el arco para que la cantarela suene como es debido. El violín tiene un alma visible. Diminuta, delicada, hercúlea, capaz de aguantar el peso de un puente. Un hermoso puente de madera, decorado con ojivas venecianas. El violín tiene su puente de los suspiros.

Esta noche soy la violinista de Chagall sobre el tejado de zinc. Esta noche arrullo a la noche. Danzan las notas sobre el pentagrama de plata. Tengo el rostro verde, la barba azul. Sobre mi vestido blanco se refleja la luz muerta de la luna. Subo y bajo el arco. Alcanzo a escuchar el mar que ruge al otro lado de este horizonte contaminado. Navega en el cielo la novia. Su velo silba estrellas, va derramando estelas de espuma. Allá, el Atlántico. Allá, la isla. Tan lejos, tan cerca. En esta noche de magia, no alumbra ni la farola del mar.

El amor y Primo Levi

Hemos seguido discutiendo. Jorge dice que no le entiendo. Que el instituto es una puta mierda, tiempo

perdido, lo que se aprende es inútil, que esto, que lo otro, que lo de más allá... En líneas generales le doy la razón. Mujeres y hombres memorizando fechas de guerras y batallas –de aquellas sangrías estas llagas, por cierto–. Listados de obras y escritores que nunca leerán porque primero aprendieron a aborrecerlos, y así, podríamos seguir. Es salir por la puerta del colegio para siempre, y uno ha olvidado qué era una raíz cuadrada, un coseno, una función derivada. ¿Alguien en su sano juicio piensa en esa clase de cosas cuando viaja en la línea ocho del metro? Un momento. Me parece haber oído... ¿Pensar? ¿Alguien ha dicho pensar? Lo lamentamos, *pensar* no alcanza los estándares de calidad de nuestro sistema educativo.

Y pese a todo, la vida fluye en tromba, y el perro y la tortuga no pueden quedarse mirando el agua estancada. Hay que abandonar la charca, arriesgarse, fracasar, arañarse, sudar, llenarse de ampollas, levantarse y levantarse, y si se puede, soñar. Vamos, lo que se llama hacer callo en la gramática de la vida. Vivir rodando sin prestar demasiada atención a ese fonendo que nos perfora los oídos con un eco de derrotas. Y esto, más que decírselo a él, que nunca está para discursitos, me lo repito para mis adentros como un mantra.

¡Por fin! Suena el teléfono. Lo dejo brincar un poco más. Descuelgo como una niña el día de Navidad.

–Buenos días, le llamo de la compañía telefónica Palíndromo. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

–Con Lucila María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga –respondo. A mi Navidad se le han fundido los plomos sin tiempo para estrenar las estrellitas luminosas.

–Buenos días, señora...

–Gabriela Mistral.

–Buenos días, señora Mis. Desde Palíndromo que-
remos ofrecerle una oferta muy ventajosa en su plan de
llamadas internacionales.

«–¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido si
más lejos que ella solo fueron los muertos?»

–(Desconcierto-silencio-duda). ¿Le interesa, señora
Mis?

–Pues... Por un tiempo, dejaré a los muertos tran-
quilos. Ya hicieron suficiente. Gracias de todas maneras.
(Cuelga el teléfono)

Jorge entra en mi cuarto. Viene de visita. Eso sí que
es una novedad ventajosa.

–¿Qué haces? –pregunta.

¿Es un reproche o es que yo estoy demasiado suscep-
tible? ¿Qué haces que no estás buscando trabajo? ¿Qué
haces para hacerme la vida más confortable? ¿Por qué
no eres como el resto de las madres? Me rasco la oreja
con la pata y me defiendo:

–Escribo.

–¿Qué escribes?

–Sobre tortugas y libros.

¿Por qué tengo que disculparme? ¿De qué se me acusa?
Jorge es el fiscal de un tribunal invisible que acusa al clan
de los indignos de un delito que no han cometido. La
presión exterior es muy poderosa.

–¿Es una novela?

–No lo creo.

Son brochazos dispersos, pienso. Un cuadro de impre-
siones, la estela que dejan los días tras de sí, la vida en un

collage, sin trama ni final, como los cuentos de Chéjov. Y a pesar de este caos que nos deja mirando perplejos el muro ciego y mudo que retrató Goya, viviremos contra la desesperanza. «Para seguir vivos, para no empezar a morir», replicó el sargento Steinlauf a Primo Levi al darse cuenta que este había perdido el hábito del aseo diario en el campo de Auschwitz. A pesar del dolor, ellos tenían la obligación de no perder la facultad más importante: «la facultad de negar nuestro consentimiento», sentenció el viejo capitán. Y precisamente de esto me hubiera gustado hablarle al funcionario de la oficina de empleo si hubiera tenido valor, y al poeta de la pajarita, y a la vecina, y a todo aquel con el que me hubiera topado. No. No doy mi consentimiento a la desesperanza. Me declaro en rebelión. Rompo a llorar como una rebelde. También me gustaría contarle a Jorge lo que siento.

–Mamá, ¿estás bien?

–Mejor que nunca, créeme. Es mi manera rápida de limpiarme las gafas –contesto, haciendo un esfuerzo por reírme de mi bobada–. Saldremos de este bache. Confía en mí.

Jorge se sienta a mi lado. Jorge me rodea con sus brazos, con cuidado, como si tuviera miedo a romperme. Por primera vez, en mucho tiempo, mi compañero de viaje saca la cabeza de su caparazón y me regala un beso.

–No he dejado de hacerlo, mamá. Siempre he confiado en ti, solo que a veces... me rayas un poco.

Me quedaría para siempre dentro de ese abrazo. El abrazo de Jorge y de Primo Levi son lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

–Gracias. No sabes cuánto te quiero. Es un tiempo difícil para ti, lo sé. No hay que rendirse –y pongo punto y final al tema porque ya nos hemos dicho lo más importante–. Por cierto, ¿me prestas tu có... novela gráfica. ¿*Maus*?

–¿El primero o el segundo?

–¿Es que son dos? –pregunté haciéndome la nueva.

–El segundo volumen me lo compré el otro día en la Cuesta de Moyano.

–¿Con qué dinero?

–A ver. No te enfades, por favor... –se toca la oreja con indecisión y desvía la mirada–. Vendí la tienda, la cocina y los sacos en *ebay*.

Sin darme tiempo, sale de la habitación y vuelve con algún dinero en la mano. Yo abandono la silla, doy unas cuantas vueltas, sopeso qué hacer, si ladrar o mostrarme comprensiva, o *fifty fifty*.

–Toma, lo que me sobró. Perdona.

–Es que Jorge, tenías que haberme preguntado antes. No me parece bien...

–Lo siento, de verdad. Te juro que no lo haré más.

–En fin... Al menos, lo has invertido en libros. De todas formas, *Espera a la primavera*, *Bambini*. Por aho...

Me interrumpe.

–Siempre estás con esa frase. ¿Qué significa?

–Es el título de una novela de John Fante. Me gusta porque es un título cargado de futuro. Te gustaría. No tienes más que cogerlo de la estantería. ¡No lo vendas, por favor! Te decía que por ahora, no vamos a ninguna parte. Uno no sale corriendo de un lugar lleno de moscas para meterse en otro plagado de mosquitos. A los bichos hay que atacarlos de frente, ¿no te parece?

Por fin, Jorge ríe con ganas. Su risa es contagiosa. ¡Qué feo está el pobre con esas paletas melladas! Habrá que poner remedio.

—Además —continúo— usted, *señorito* —digo, poniendo voz de Gracita Morales—, tiene que acabar el curso, y yo encontrar trabajo. Eso es lo que toca. *Point à la ligne*. ¿De acuerdo? Por cierto, ¿era la primera vez que ibas a la Cuesta de Moyano?

—No, que va. Suelo comprarme allí los libros. Hay un tipo, Antonio, que es muy enrollado y sabe un montón de cómics.

Estallo en risas. Qué sorpresas nos da esta puñetera vida. Me guardo para mí el secreto. El librero es su descubrimiento; no el mío. Jorge no sabe si reír o volver a enfadarse. Pregunta qué me pasa.

—Nada, hijo. Que hoy me has salvado la vida.

—Tengo otra cosa que contarte.

—Por favor, si es algo feo, déjalo para mañana, no quiero que nada estropee este momento.

Vuelve a marcharse y regresa con una fotografía que reconozco enseguida.

—Antonio me dio esta foto para ti —dice, mostrándomela—. La encontró entre las páginas de uno de tus libros. Así que ahora puedo contestarte a lo que me preguntaste el otro día: tu bicicleta era una BH azul eléctrico con el sillín blanco —lee en el dorso—: julio del setenta y cuatro. Corralejo, Fuerteventura.